

¡Con qué ternura el ruiseñor se queja  
Del encinero en elevada cumbre!

¡Oh! primavera grata,  
Retrato fiel de juventud querida!  
¡Tú embalsamas los valles y los montes,  
Tú tiñes el Oriente de escarlata,  
Y al suelo prestas en tus flores vida!

Así también derrama  
La juventud sus bellas ilusiones;  
Y sembrando esperanzas en el pecho,  
Así también con flores embalsama  
Del corazón las áridas regiones.

¡Con qué deleite el hombre  
Siente latir su pecho enamorado!  
¡Mas luego entre las nieblas del estío,  
Mira sus flores vejetar sin nombre  
En las yertas cenizas del pasado!

Busca en los horizontes  
La fugitiva estrella de ventura,  
Que allá en su juventud brilló serena,  
Como buscan las águilas los montes,  
Y la distingue envuelta en la negrura.

Su pasado es la gloria,  
El presente la tumba de sus flores,  
Su porvenir será llanto y recuerdos,

Su terrible enemigo la memoria,  
Sus fieles compañeros los dolores.

El primer desengaño

Todas las flores de la vida trunca:  
Si después otras en el alma nacen,

Apénas brotan y nos hacen daño,  
Por qué dicha sin fé no existe nunca?

La estación de la vida

Que llama el corazón su primavera,  
¡Ay! pasa tan fugaz á nuestros ojos,  
Que al asomar la vemos ya perdida,  
Haciendo á nuestra paz su prisionera.

Imbécil él que envidia

Al que á verter comenzará su llanto,  
Cuando se agoste su ilusión primera,  
Cuando el mundo le arroje con perfidia  
A la triste aridez del desencanto.

¡Ay! los que ya pasamos

La edad de fuego que el amor colora,  
Del camino vital poco nos falta

Para tocar la tumba que esperamos,  
Como el único puerto del que flota.

## Ruinas del Carmen.

Antiguo monumento, que otro día  
Dominaste altanero



El alto monte, la cañada umbría,  
 Los valles y las lomas,  
 Donde labran sus nidos las palomas,  
 Donde los vientos saltan  
 Y los arroyos con el sol se esmaltan,

¿Qué queda ya de tí? De tu grandeza  
 Solo se ven cimientos carcomidos,  
 Una pobre capilla sin adornos,  
 Empolvadas pinturas  
 De muertos coloridos.

En lugar de los cánticos sagrados  
 Que se alzarán serenos  
 Bajo tus altas bóvedas doradas,  
 Se oyen cantos obscenos,  
 Gritos, imprecaciones, risotadas.

Ocupando el lugar del carmelita  
 Se halla la soldadesca;  
 Ni llama á la oracion el campanario,  
 Ni se entonan los salmos,  
 Ni del órgano se oye el eco vario.

¿Qué queda ya de tí? Puros escombros!  
 No hay un solo vestigio  
 Que hable de lo que fuiste:  
 A manos del furor sin esperanza  
 Con tu riqueza y tu esplendor te hundiste.

La mano de los siglos  
 Vendrá tal vez mañana

Tus húmedas paredes derrivando,  
 Tus antiguos cimientos deslabando;  
 Y en tus viejos terrones  
 Mojados por la lluvia,  
 Sacudidos por fuertes aquilones,  
 Donde ni sus telares  
 Tenderán las arañas ambulares,  
 Echará un velo de tupido musgo:  
 Y desde el alto risco  
 El leñador recordará que un día  
 Fuiste la rica joya,  
 Orgullo y prez del suelo de Jalisco:  
 Que en otro tiempo de feliz memoria  
 Gozabas el primero  
 Los perfumados besos del ambiente,  
 El tibio reverbero  
 Del sol que á la mañana  
 Los montes y los prados engalana.

¿Quién pudiera tu estado primitivo,  
 Hermoso monumento,  
 Devolverte no mas por un momento;  
 Y ver bajo tus nabes solitarias  
 Cruzar sobre la alfombra,  
 Del eminente Nájera la sombra!  
 ¡Y á la luz de los sirios  
 Mirar tus lindas seldas  
 En el aroma envueltas de los lirios!

Como espectros tus ruinas se levantan  
 Y al corazon espantan;



Quizá demandan su justicia al cielo,  
Quizá venganza piden  
Cuando el espacio tan severas miden.

En la estrellada noche,  
Cuando la sombra cubre tus almenas  
Y te contemplan ávidos los ojos,  
Parece que llorando  
Recuerdas tu grandeza ya perdida  
Y que lamentas tu fatal caída.

Yo me entristezco al verte  
¡Antiguo monumento del pasado!  
Tus escombros me dicen  
Que es una ley que lo que nazca muera,  
Que el orgullo termine con la vida,  
Que la mundana pompa pasajera,  
Quede en el polvo de la nada hundida.

Todo tiene su plazo, todo espira;  
El potentado se alza como el humo;  
Unos van sus honores saludando  
Y otros van su caída meditando.

Tu eres un libro abierto, donde el hombre  
Puede estudiar la vanidad del mundo;  
Te alzaste como sombra,  
Victima fuiste de rencor inmundo,  
Y hoy con dolor el corazón te nombra.

Como espejitos las ruinas se levantan  
Y al corazón espantan;

## Ideal á mi esperanza.

Hoy que tus alas sobre mí posaste,  
Mi lira templaré para cantarte.

¿Quién eres tú, que ufana descendiste  
Cariñosa hacia mí desde los cielos?  
¿Quién eres, que con solo tu mirada  
Calmaste mis desvelos?

¿Quién eres que vestida entre celajes  
Dejas al aire tu gracioso pelo,  
Y miradas me mandas afanosa  
Con tus ojos de cielo?

Yo te he visto mas bella, mas divina  
Que el blando sueño del amor primero:  
Es tu acento mas dulce y cadencioso  
Que el canto del gilguero.

¿Dime quien eres celestial imájen  
Que tanto halagas la existencia mia?  
¿Quién eres que tan tierna y tan galana  
Me brindas alegría?

II.  
Tal vez eres una virgen



A mi lado descendida,  
Para darme nueva vida  
Cambiando todo mi ser:

Y al posar tu blanca mano  
Sobre mi palida frente,  
Con un porvenir luciente  
Sustituiste el duro ayer.

Tal vez eres un querube,  
Un ángel con alas de oro,  
Que viene á enjugar el lloro  
De mi pobre corazón.

Y que guarda entre las perlas  
Una tímida sonrisa,  
Que como al lirio la brisa  
Da goce á mi corazón.

Tal vez eres una ninfa  
Moradora de una fuente,  
Y tus ecos dulcemente  
Me consolaron aquí:

Mas si te miro ¿qué importan  
Mis sufrimientos prolijos?  
¿No son mis pesares hijos  
De lo que sufro sin tí?

Eres mi bien, mi tesoro,  
Y por do quier afanosa  
Busco tu sombra preciosa,

Con indecible ansiedad.

De niña me sonreías,  
Mitigabas mis dolores,  
Prometiéndome loores  
Para mi futura edad.

Mas hoy te busco y no te hallo  
Y te llamo con empeño,  
Y hasta en mi agitado sueño  
Te busco anhelosa yo.

Y al corazón le pregunto  
Cuándo pierde su sosiego,  
Si te vió venir; mas luego  
El me responde que no.

Y hoy que al fin de afanes tantos  
Con que te busco mi anhelo,  
Descendiste desde el cielo  
Teniéndome compasion,

Un frenético entusiasmo

Senti que me conmovia,  
Y ni aun mirarte quería,  
Por no perderte ilusion.

Ya comprender no alcanzaba  
De tu renombre el arcano,  
Ni si eras ángel humano  
O arcángel de algun Eden.



Aun comprenderlo no puedo,  
 Vision divina y hermosa;  
 ¿No me dirás bondadosa  
 Quién eres, tú, por mi bien?

III  
 Para mi futura

Mas ¡ah! que tú eres la esperanza mia,  
 Me dice el corazon de tí gozando;  
 La dulce amiga que desciende un día  
 Sus blandas álas sobre mí posando.

Tú eres, tú eres, dulcísima esperanza,  
 La tierna imájen que busqué anhelosa,  
 La estrella que al brillar en lontananza  
 De mis ojos huyera misteriosa.

Tú eres la bella flor con cuyo aroma  
 Otro tiempo feliz me adormecía,  
 Aquella que tras siglos siempre asoma,  
 Lozana, y fresca, llena de ambrosia.

El vasto imperio de los siglos y años  
 Poder no tiene para hacerte mella,  
 Sufre el mortal de su rigor los daños,  
 Mas tú . . . , tú siempre te conservas bella.

Siglos, tras siglos pasarán llevando  
 Del tiempo ya perdido la memoria,  
 Ni vestigio, ni huella irán dejando,  
 Y tú, inmortal, renovarás tu gloria.

¡Ah! cuánto te amo! si supieras cuanto  
 Padezco y sufro cuando no te miro;  
 Vierten mis ojos con tu ausencia llanto,  
 Por que yo solo á contemplarte aspiro.

Pero ¡ah! cuando tus alas me cobijan,  
 Cuando tu sombra junto á mí se posa,  
 Mis goces, mis placeres se duplican  
 Bajo nubes de azul, nácar y rosa.

Y entónces ¿qué me importa de este mundo  
 El llanto amargo, si me ven tus ojos,  
 Si me ofreces un cielo rubicundo,  
 Y un perfumado suelo sin abrojos?

Nada me importa si te gozo ardiente,  
 Si respiro tu aliento entusiasmada,  
 Si posas de tus ojos en mi frente  
 Una risueña y plácida mirada. . . . .

¿Qué sin tí vale el diáfano arroyuelo  
 En su tapete de menuda arena,  
 Aunque en su fondo se retrate el cielo  
 Y se incline á mirarse la verbena?

¿Qué vale sobre un cielo de zafiro,  
 En un trono de nubes las mas bellas,  
 La luna en todo su brillante giro,  
 Coronada de lánguidas estrellas?

¿Ni qué valdrá del campo la frescura,  
 Aunque lo vistan primorosas flores,



Aunque la brisa perfumada y pura  
 Le preste sus balsámicos olores;  
 Nada vale, á tu lado desafío  
 De su hermosura la mentida gloria;  
 Perdona si contigo el poder mio  
 Alcanza envanecido la victoria.

Perdona, mi esperanza, ¡te armo tanto!  
 Y tu hermosura mientras mas medito,  
 Mas quisiera elevar mi pobre canto,  
 Aun mucho mas allá del infinito.

¿Pero qué puedo yo? mi triste canto  
 Se parece al del cisne moribundo,  
 Que alza su voz; pero le ahoga el llanto  
 Y calla presa de dolor profundo.

Esperanza dulcísima, un instante  
 No me abandones, por piedad te ruego,  
 Vive á mi lado, que á tu lado amante  
 Siento nacer la calma y el sosiego.

No me abandones, dulce amiga, nunca,  
 Porque tu eres mi dicha mas querida,  
 Sin tí la flor de mi ilusión se trunca  
 Y es un desierto sin tu luz mi vida.

Siempre contigo vivire cantando,  
 Siempre á tu lado vivire sonriendo;

Mis sueños á tu soplo irán llegando; Y  
 Mis flores á tu sombra irán creciendo.

El 16 de Setiembre  
 de 1877.

Permite patria mia  
 Que anada á los laureles de tu gloria  
 Una pobre guirnalda sin valia,  
 Un canto á la memoria  
 De tan hermoso cuanto grande dia.

Tú, la joya preciada  
 Por quien Colon atravesó los mares,  
 Tú, la niña bellisima y mimada,  
 Cubierta de azahares,  
 Sobre el oro y la plata reclinada,

Tú, que con tu belleza  
 Atrajiste á tus costas mil bajeles,  
 Anhelando manchar de tu cabeza  
 Los majestuosos laureles  
 Y el espléndido sol de tu grandeza.

Levántate orgullosa  
 Sobre tu rico pedestal de flores;